

1. La gallina Regalada

La gallina Regalada era muy vanidosa. Le gustaba decir que era de origen ruso, aunque en realidad era hija de una honrada gallina de pluma cobriza del Masnou y de un altanero gallo de cresta roja de la Plana de Vic. El hecho de ser tan presumida quizás le viniera por parte de padre. Vivía en una masía con sus hermanas de nidada, que ya empezaban a estar más que hartas de los aires que se daba.

Cuando se acercó la Pascua, la granjera de la masía le dijo a su marido:

—Se acerca la Pascua.

—Ya. Suele ocurrir cada año, por primavera...

—No, hombre... Me refiero a que hay que ir pensando en nuestro ahijado. O, mejor dicho, en el huevo de Pascua que vamos a comprarle.

Los granjeros no tenían descendencia, pero ambos eran padrinos del hijo de la hermana del granjero. Y desde que nació tenían la costumbre de regalarle un huevo de chocolate, cuanto más grande mejor, por Pascua.

—Es que... este ha sido un mal año. No andamos nada sobrados de dinero...

—Pues, algo habrá que hacer... No podemos romper la tradición, ¿verdad? —contestó la granjera resuelta a evitar que su ahijado se quedara sin su dulce regalo.

—Sí. Algo habrá que hacer.

Tras pensarlo un ratito, la granjera decidió que vendería tres o cuatro de sus gallinas y, con las ganancias que obtuviera,

compraría en la pastelería un precioso huevo de Pascua para su sobrino.

Así pues, cuando llegó el día de mercado, la granjera entró en el gallinero, cogió las cuatro primeras gallinas que pudo atrapar, las metió en un cesto y se las llevó al mercado de la ciudad.